

*El XI Congreso del PP**Un cambio que puede ser decisivo
en la derecha española*

FEDERICO JIMÉNEZ LOSANTOS

El undécimo Congreso del Partido Popular se presentaba como el clásico fervorín casero, la ocasión ritual de exhibir unanimidades obligadas y euforias convencionales, amén de decir amén al líder, por definición indiscutible e indiscutido en cualquier Congreso bien organizado. Por supuesto, fue todo eso: entusiasmo en los compromisarios, ambiente de alegría y confianza, escaso tiempo para la discusión y ningún lugar para la duda sobre el partido y su líder, José María Aznar. Pero fue algo más: la ocasión, cogida por los pelos, de que sectores importantes de la sociedad española cambiaran su cabreo con el PSOE por su apoyo al único partido capaz de echarlo del Poder. Y ese partido no es otro que el PP, con su joven presidente convertido en alternativa aceptada socialmente y casi exigida en los medios informativos.

El eco del Congreso en la Prensa, la radio y la televisión ha sido abrumador. Si la derecha no llevase tantos años esperando un rayito de

sol en el páramo helado de la Oposición, estaría aterrada por las expectativas creadas de la noche a la mañana. Sin ponerse de acuerdo, los diarios de oposición y los diarios gubernamentales coincidieron en dar el espaldarazo a un hombre al que, hace apenas seis meses, le negaban el pan y la sal. Y sin embargo, Aznar no ha cambiado, y la línea del PP, tampoco. Lo que sí ha cambiado es algo fundamental en política: las circunstancias. Y las circunstancias son las que deciden por los hombres cuando éstos se disputan el Poder.

Hasta finales de enero, el PP insistía una y otra vez en su tarea opositora, en su labor parlamentaria, en su denuncia de la corrupción, en su convicción de victoria. Era inútil. Desde comienzos de febrero sucede al revés: es el PSOE el que tiene que explicarse, el que pide a la gente que le crea, el que promete, el que asegura, el que jura, pero es en vano, porque nadie parece dispuesto a creerle.

Tal vez estamos ante uno de los tradicionales vuelcos de

«El eco del Congreso del PP fue abrumador. Si la derecha no llevase tantos años esperando un rayito de sol en el páramo helado de la oposición, estaría aterrada por las expectativas creadas de la noche a la mañana»



la política española. Uno de esos movimientos que tienen por costumbre la de espantar a nuestros gobernantes dejando a los historiadores perplejos. El protagonista es el mismo: una sociedad sesteante, desvertebrada, políticamente intervenida, estatalmente enfeudada, carente de principios éticos, desinteresada por la acción política, con minorías intelectuales valiosas pero marginales vociferando en la plaza pública, entiéndase el «parlamento de papel», los agravios históricos de la ciudadanía en un país de súbditos pastueños. Y de pronto, un día algo cambia en el aire, se produce una cristalización de agravios, se considera factible lo que hasta la víspera parecía imposible y una riada de supervivientes se apresura a sostener la causa que hasta ayer vituperaba. Quizás la última vez que vimos algo parecido fue en 1982, cuando a lo largo del año UCD pasó de tener asegurada, según la encuesta del GIS que Pío Cabanillas le llevó a Calvo Sotelo, casi la mayoría absoluta tras el fallido golpe de Estado del 23-F, a derribarse, día a día, mes a mes, hasta terminar en once escaños el 28 de octubre de infausta memoria. Pero el día 27, todavía los ministros ucedeos, con las encuestas delante, estaban seguros de no bajar de cincuenta o sesenta escaños. Felipe sacó 202, y porque no había más que, si no, también los saca.

Otro precedente, siempre en época de elecciones libres, es el de tránsito de la Monarquía a la República en 1931. De aquel país que se acostó monárquico y se levantó republicano somos legítimos descendientes. No es extraño que imitemos a nuestros erráticos antepasados. Dentro de la II República, los procesos electorales supusieron siempre vuelcos traumáticos. Al de 1931, cambio de Régimen, siguieron dos cambios de mayoría

«Tal vez estamos ante uno de los tradicionales vuelcos de la política española. Uno de esos movimientos que tienen por costumbre la de espantar a nuestros gobernantes dejando a los historiadores perplejos»

espectaculares: hacia la derecha en el 34 y hacia la izquierda en el 36, sin olvidar tres intentos fallidos de cambio de Régimen: el de Sanjurjo en el 32, el obrerista del PSOE y el independentista catalán en el 34, más el primeramente fallido del 18 de julio que consiguió triunfar después de una guerra civil de tres años contra un bando que tuvo también golpes de Estado internos como el de mayo del 37 en Barcelona o el madrileño de Casado en el 39. Recuperada la democracia en 1977, las dos mayorías relativas de UCD y las tres absolutas del PSOE constituyen, tras esa historia convulsa, un canto a la continuidad y a la pacífica alternancia.

Sin embargo, no se entendería el súbito ascenso del PP en la credibilidad general sin dos procesos simultáneos: la deslegitimación del PSOE en los medios informativos «creadores de opinión» (si es que alguno no lo es) y la creciente confianza del electorado centrista en el PP como sustituto del decadente CDS, que le ha llevado a subir más de cinco puntos en todas las encuestas desde hace un año. Ese lento pero imparable aumento del PP ha ido preparando el camino de la verosimilitud en la alternativa; a la vez, la crispación que en sectores de centro y de izquierda ha provocado la actitud del PSOE en los sucesivos, interminables escándalos de las «comisiones» del AVE, Filesa o KIO, plantando cara al juez Barbero, convertido en héroe popular, o negando la evidencia de forma desvergonzada, ha hecho que gente que nunca pensó votar a la derecha la defienda ahora públicamente como único medio de erradicar la corrupción felipista y recuperar el Estado de Derecho. Esta toma de conciencia de que no se puede tolerar ni una sola legislatura más la prepotencia felipista se ha asentado en el alza previa de las encuestas,



que ha llevado las expectativas populares del 26 % al 31 % durante el año 92, y con ocasión del XI Congreso, ha recibido el refrendo legitimador de la práctica totalidad de los medios de comunicación privados. Se trata, pues, de una escalada de apoyos en la que, paradójicamente lo primero ha sido el apoyo popular y lo último la legitimación informativa e intelectual, por lo menos de una forma masiva. Ello nos debería plantear ciertas interrogaciones acerca de la verdadera fuerza del felipismo, que no radicaría tanto en un apoyo incondicional de las bases populares como en un alineamiento de la izquierda intelectual y la mayor parte de las empresas de comunicación con el «régimen» felipista.

Ha sorprendido y escandalizado el cambio de *El País* y la relativa benignidad de los medios controlados por Antonio Asensio al tratar el Congreso y las expectativas del PP. Para entender tal metamorfosis hay que recordar el «Pacto de los Editores» firmado por Polanco y Asensio en pre-

«Nadie puede saber si la derecha derrotará al PSOE, pero la gran novedad política es que, por primera vez, todos lo consideran posible; muchos, probable; y no pocos, altamente deseable»

sencia de Godo, con el dinero de Mario Conde y las bendiciones de la Moncloa. Aquel pacto se produjo para despiezar y repartirse Antena 3 TV (para Asensio) y Antena 3 de radio (para Polanco), pero se ha mantenido ante los nuevos retos de los últimos meses, uno de los cuales es el súbito ascenso de Aznar como presi-

denciable. Es tan descaradamente ilegal o alegal el comportamiento del grupo PRISA en sus andanzas radiofónicas y la extensión espectacular de su imperio, que muchas voces identificadas con el proyecto de Aznar siguen pidiendo una Ley Antimonopolio y la liquidación del «trust» de Polanco y Asensio. A cambio de aparcar ese proyecto, Aznar cree garantizarse una cierta «neutralidad» en la campaña electoral que ya ha comenzado. Nadie puede saber si la derecha derrotará al PSOE, pero la gran novedad política es que, por primera vez, todos lo consideran posible; muchos, probable; y no pocos, altamente deseable. Hace apenas seis meses nadie hubiera confundido esos deseos con la realidad. Ahora, es la realidad lo que ha cambiado.